

JUAN DIEGO ES EL HUMILDE MENSAJERO DE LA ARMONÍA Y DEL AMOR DE DIOS

Cango. Dr. Eduardo Chávez

Del 9 al 12 de diciembre de 1531, Dios irrumpe con su amor y se encuentra con el ser humano, por medio de su Madre, Santa María de Guadalupe, quien eligió a Juan Diego, un humilde indígena macehual, como su mensajero. La Virgen María depositó plenamente su confianza en este macehual, y sin más rodeos le dijo: *“es necesario que tú, personalmente, vayas, ruegues, que por tu intercesión se realice, se lleve a efecto mi querer, mi voluntad”*¹; nada menos que la Madre del Dueño del cielo y de la tierra le pidió a un laico humilde y sencillo que fuera su intercesor.

Desde tiempo inmemorial, son los mismos indígenas quienes manifestaron un gran respeto hacia el mismo san Juan Diego, son ellos quienes no tuvieron inconveniente en proclamarlo con algunos de los más bellos títulos: el buen indio y el buen cristiano, el varón santo, el peregrino, el humilde embajador de la Virgen, el vidente de Nuestra Señora, el mensajero de Santa María de Guadalupe, el varón Santísimo, etc. Así, incluso en vida lo llamaban varón santísimo, y lo ponían como modelo para sus hijos. Esto concuerda con el Nican Motecpa donde se exclama sobre la vida



ejemplar de Juan Diego: *“¡Ojalá que así nosotros le sirvamos y que nos apartemos de todas las cosas perturbadoras de este mundo, para que también podamos alcanzar los eternos gozos del cielo!”*²

Aunque estamos a casi cinco siglos del Acontecimiento Guadalupeño, hoy se nos revela como algo maravillosamente nuevo, perfectamente adecuado a las necesidades de nuestra época que



ro, por ello, la Virgen María elige a un macehual, san Juan Diego, para lanzar este mensaje de armonía y de amor para todos los seres humanos que de igual forma sean capaces de construir esta civilización del Amor desde el mismo corazón.

Este hecho es vivido por el pueblo, desde la fe del sencillo y del humilde; de hecho, fue este pueblo simple que comunicó por todas partes el gran Acontecimiento Guadalupeño, por medio de la tradición oral, del arte, de los códices, de la escritura, de los testamentos, de los legados, de las ofrendas, de las limosnas, de las peregrinaciones y,



desea obtener la paz, que todos los hombres nos podamos superar y juntos participar en una nueva sociedad, una comunidad que tendría que estar centrada en la cultura de la vida, compartiendo las riquezas de nuestras culturas ancestrales, construyendo una civilización del Amor con el poder creador de Dios Padre, la entrega de Dios Hijo y los dones del Espíritu Santo. Y esto que parece hoy imposible, para Dios no lo es; aunque esto no nos exime de poner todo nuestro esfuerzo, toda nuestra voluntad y libertad para ser instrumentos en sus manos, como lo hizo Santa María: “He

aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38).

La canonización de san Juan Diego es la confirmación de que Dios ha intervenido en nuestra historia, en un momento crucial en donde no había posibilidades humanas para salir adelante. Es un encuentro que se da en un corazón humilde y sencillo, que abre sus puertas a Dios y en donde Santa María de Guadalupe hace hogar, familia de Dios, “mucho quiero, mucho deseo, que aquí me levanten mi casita sagrada”;³ es un Acontecimiento maravilloso que por medio de los indígenas sea para el mundo ente-

especialmente, de los grandes testimonios de conversión y esto, no sólo por parte de los indígenas, sino también de parte de los europeos y, hasta nuestros días, este testimonio se sigue dando de una manera portentosa que sólo Ella sabe lograr.

Con este hecho histórico y trascendental, el Santo Padre en verdad –como dirían nuestros antepasados– nos enriqueció, “dejó sembrados en nuestros corazones jades y zafiros, que abrió ante nosotros sus cofres y sus cajas, donde tiene guardadas sus riquezas”⁴.

El Acontecimiento Guadalupano es un evento tan importante para todo ser humano de buena voluntad que quiere que este mundo sea mejor, que reine la armonía y la paz.

San Juan Diego fue un auténtico discípulo y misionero que supo combinar la vida contemplativa con la activa, dado el encuentro extraordinario que vivió y, por medio de él, Santa María de Guadalupe nos lleva a aquel que es la armonía, la paz y el amor pleno y total, Jesucristo. ■

*San Juan Diego
fue un auténtico
discípulo y
misionero que supo
combinar la vida
contemplativa con
la activa.*



¹ Nican Mopohua, v. 59.
² FERNANDO DE ALVA IXTLLIXÓCHITL, Nican Motecpana, p. 305.
³ Nican Mopohua, v. 26.
⁴ FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN, Historia General de las cosas de Nueva España, 1570 ca., Ed. Porrúa (=Col. “Sepan cuantos...”, 300), México 1982, p. 338.